

# Don y misterio: jubileo sacerdotal del Papa Juan Pablo II

*Antonio Izquierdo*

En estas dos palabras ha resumido el Santo Padre cincuenta años de sacerdocio y a la vez la esencia misma del sacerdocio cristiano. Para dar su aquiescencia a las celebraciones jubilares y para redactar el libro de sus recuerdos, cuyo título es precisamente *Don y Misterio*, hubo de sobreponerse a una comprensible resistencia, que siente el hombre naturalmente cuando entra en la esfera del misterio de Dios. Tuvo que vencer también un cierto pudor a revelar un secreto de intimidad entre él y Cristo, eterno y sumo sacerdote. Un secreto que humanamente se preferiría no tocar ni violar. Su amor y su gratitud a Dios y a los hombres, prevalecieron y superaron cualquier otra consideración personal. De este modo, hemos podido todos compartir y revivir, entre el 1 y 10 de noviembre, la experiencia viva y trepidante del recién ordenado sacerdote, y la gratitud y el testimonio de amor de quien después de 50 años vive su sacerdocio con la frescura y la juventud del primer amor, indiviso y exclusivo.

«¿La historia de mi vocación sacerdotal? La conoce sobre todo Dios. En su estrato más profundo, toda vocación sacerdotal es un gran misterio, es un don que supera infinitamente al hombre» (*Dono e mistero*, p. 9). La Iglesia de Roma y la Iglesia universal han querido unirse al Papa en su agradecimiento y en su júbilo, con celebraciones marcadas, todas ellas, por una alta espiritualidad y un profundo sentido religioso. Otras motivaciones que la prensa mundial haya podido presentar a sus lectores, son pura invención de sus autores y, permítaseme decirlo con lenguaje castizo, ganas de encontrar tres pies al gato.

El día 1 de noviembre, festividad de todos los santos, el Romano Pontífice concelebró con 700 sacerdotes de la diócesis de Roma. «*Ecce sacerdos magnus...*» (He aquí el gran sacerdote...), así comenzaba su homilía, pensando en Jesucristo, redentor del mundo, legislador y testigo de la nueva y eterna Alianza que tiene en las bienaventuranzas su *magna charta*. Él es el único sacerdote eterno, hecho temporal en su carne durante su existencia histórica, hecho

temporal en la carne de sus sacerdotes a lo largo de los siglos. Partícipes del sacerdocio de Jesucristo, *Cristos vivos* presentes entre nosotros, son el Santo Padre, Juan Pablo II, y los miles de sacerdotes que junto con él han celebrado sus bodas de oro sacerdotales. Con toda razón afirmaba el Papa, en el saludo que dirigió al final del concierto, ofrecido en su honor en la sala Pablo VI, el 31 de octubre: «El sacerdote en su auténtica identidad es el servidor de la obra de la redención de Jesucristo. Al aceptar la invitación a seguirle, viene a ser él mismo don para la humanidad, a fin de que todo hombre y toda mujer pueda nutrirse con la abundancia de las fuentes de la gracia, que manan de la redención».

El jueves 7 de noviembre, en la misma sala Pablo VI, participé en las Vísperas con cinco cardenales, ochenta y cinco arzobispos y obispos, y mil seiscientos sacerdotes ordenados en el año 1946. A ellos se unieron miles de familiares y fieles que llenaban la sala. En la alocución que dirigió a los presentes, el Papa evocaba el pasado de su vocación: «A cincuenta años de mi ordenación, desfilan ante mis ojos, a impulsos de mis sentimientos más íntimos, las imágenes de aquel día bendito. Veo nuevamente al venerado arzobispo de Cracovia, cardenal Sapieha, mi predecesor en la cátedra metropolitana y verdadero padre, que, con la imposición de sus manos, me hizo partícipe del misterio sacerdotal de Cristo. He visto siempre en él un ejemplo nobilísimo de sólidas virtudes humanas y de dedicación generosa a las tareas propias del ministerio episcopal.

Siento afecto y gratitud por cuantos contribuyeron a llevarme al altar: mi familia, mi parroquia natal, el ambiente de la fábrica, el seminario clandestino, mis confesores y muchos otros amigos. Recuerdo con gratitud a cuantos me ayudaron a descubrir el tesoro de la herencia de Jesús crucificado, que dijo: "Ahí tienes a tu madre", y me alentaron a recibir a María en mi casa interior. Tantas personas queridas: hombres y mujeres, doctos y sencillos».

Con palabras simples, con sobria evocación, Juan Pablo II nos lleva, como de la mano, a una reflexión necesaria: la vocación sacerdotal es un don y misterio de Dios, que se nos hace visible y reconocible a través de las mediaciones humanas. Sin ellas, no es que Dios deje de llamar; más bien, es el hombre el que no está preparado para oír su voz. En este escorzo de fin de siglo, ante la crisis vocacional que atraviesa a la Iglesia, principalmente en Europa, y ante los esfuerzos renovados de la Iglesia universal en la promoción

de las vocaciones sacerdotales, viene muy bien meditar en todas las instancias humanas de que Dios se sirve para hacer descubrir a los jóvenes de nuestro tiempo su llamado a la radicalidad evangélica para hacer presente, en el mundo secularizado, la redención del Señor. En esta perspectiva no se puede leer, sin conmoción interior, el último capítulo de *Don y Misterio* donde el Santo Padre exhorta a los obispos a prestar atención especial a los seminaristas, y a todos a promover las vocaciones al sacerdocio. En este contexto debió ser de gran consuelo para el corazón del Papa la bendición, el miércoles 13 de noviembre, de 150 custodias traídas de diversas naciones por los miembros del Movimiento *Regnum Christi* y que serán destinadas a promover la adoración por las vocaciones sacerdotales en todo el mundo.

Viva emoción despertó en todos los presentes el testimonio del jesuita albanés P. Anton Luli, que habló en representación de los sacerdotes jubilares. «Acababa de ser ordenado sacerdote cuando a mi país, Albania, llegó la dictadura comunista y la persecución religiosa más despiadada. Algunos de mis hermanos en el sacerdocio, después de un proceso lleno de falsedades y engaño, fueron fusilados y murieron mártires de la fe. Así celebraron, como pan partido y sangre derramada por la salvación de mi país, su última Eucaristía personal. Era el año 1946. A mí el Señor me pidió, por el contrario, que abriera los brazos y me dejara clavar en la cruz y así celebrara, en el ministerio que me era prohibido y con una vida transcurrida entre cadenas y torturas de todo tipo, mi Eucaristía, mi sacrificio sacerdotal... Pero en esos sufrimientos tuve a mi lado y dentro de mí la consoladora presencia del Señor Jesús, sumo y eterno sacerdote, a veces incluso con una ayuda que no puedo menos de definir «extraordinaria», pues era muy grande la alegría y el consuelo que me comunicaba... Me liberaron en la amnistía del año 1989. Tenía 79 años». Qué verdad es que el sacerdote en su explicación más profunda es, como Cristo, glorificador del Padre y redentor de los hombres, por los caminos luminosos de la cruz y del calvario, independientemente del derrotero particular que siga la existencia histórica de cada sacerdote.

El 30 de octubre, en la audiencia general, el Santo Padre había dicho: «Desde entonces (ordenación sacerdotal) me he dejado guiar por el Señor a través de los senderos que Él me ha abierto día tras día». El pasado y el presente están unidos por un mismo hilo conductor: la Palabra y la Voluntad del Señor. Ese presente es el minis-

terio petrino, al que Dios le ha llamado hace algo más de dieciocho años. Ese presente es su solicitud por la Iglesia universal, a la que con sus brazos abiertos quiere bendecir y abrazar con amor de padre y de hermano. Ese presente son las celebraciones jubilares del Papa y de los aproximadamente 7.000 sacerdotes, repartidos por el mundo, que con él celebran su 50 aniversario de ordenación sacerdotal. A los sacerdotes jubilares que han venido a Roma, y que en la tarde del día 9 se dirigieron a la plaza de San Pedro para la procesión de las antorchas y el rezo del rosario, Juan Pablo II les bendecía con estas palabras tan sencillas y elocuentes: «Queridísimos hermanos sacerdotes, os doy las gracias por vuestra presencia, por la oración común, por la participación en este 50 aniversario de la ordenación sacerdotal del Papa en Roma. Quisiera haceros solamente un regalo: el regalo de la bendición para vosotros, para vuestros fieles, para vuestra comunidades, para vuestras Iglesias, para vuestros pueblos, para vuestros continentes. Nos vemos mañana, en la gran concelebración. ¡Alabado sea Jesucristo!». Eso es, y quiere ser hoy Juan Pablo II para la Iglesia y para el mundo: una gran bendición.

Las celebraciones culminaron el domingo día 10 con la gran concelebración en la basílica de San Pedro y el posterior homenaje musical que se le rindió en la plaza, con intervenciones de la orquesta sinfónica de la RAI, el coro «Athestis», la banda de los carabinieri y de la policía italiana, la banda y el coro de los Legionarios de Cristo.

En la homilía el Papa, partiendo del pasaje evangélico de la liturgia, rememora la primera eucaristía celebrada por Jesús en el cenáculo, la eucaristía celebrada luego por los apóstoles, «a quienes el Espíritu Santo capacitó para celebrar el sacrificio eucarístico con las debidas disposiciones interiores», la eucaristía celebrada por todos aquellos que han heredado de los apóstoles el sacerdocio ministerial. Evocaba después el Santo Padre la figura de Pedro que en su primera carta 5, 1-9 mostraba la conciencia de su fragilidad y, a la vez, de la llamada al ministerio; al mismo tiempo que esbozaba el programa de compromiso y ascesis de toda vida sacerdotal. Con profundo convencimiento y sentido claro del presente añadía Juan Pablo II: «Venerados y queridos hermanos, hoy el Sucesor de Pedro, como en aquel tiempo el mismo Apóstol, toma el cáliz de la salvación y celebra el sacrificio eucarístico en el 50 aniversario de su sacerdocio». Hoy el Sucesor de Pedro, podríamos añadir,

continúa pronunciando: «Heme aquí, oh Dios, para hacer tu voluntad».

El Romano Pontífice no sólo hace memoria del pasado, y vive de modo intenso y eficaz el presente, sino que también mira hacia el futuro de su ministerio pastoral y petrino, hasta el momento que Dios quiera llamarlo «para entrar en el gozo de su Señor». Lo mira con proyectos nuevos y amplios horizontes: la celebración del Jubileo del año 2000 en Jerusalén, la unión de los cristianos, la visita a los lugares sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento y la promoción del diálogo interreligioso, y tantos otros. Lo mira con paz, con abandono y confianza en Dios y en María Santísima. Su confianza se hace plegaria: «Continúe el eterno Padre, por intercesión de María, Reina de todos los Santos, guiando mis pasos para que pueda ser ministro fiel de los dones divinos y siervo generoso de la grey que Él me ha confiado» (Palabras dirigidas al final del concierto en su honor, 30 de octubre). Su confianza se convierte en deseo, en anhelo ardiente del alma: «Que la gracia divina nos ayude a hacer que cada instante de nuestra vida marque un crecimiento en el amor que, con el paso del tiempo, se reconoce por la fidelidad» (Homilía después de las Vísperas, 7 de noviembre). Su confianza se expresa como amor filial a María: «En esta solemne celebración me resulta natural evocar el lema de mi pontificado *Totus tuus*, para encomendar a la Madre de Cristo sacerdote nuestra comunidad jubilar. Que María permanezca junto a cada uno de nosotros en el resto del camino de nuestra vida y de nuestro ministerio» (Homilía en la concelebración, 10 de noviembre).

Al inicio de toda vocación sacerdotal hallamos el misterio, hecho don para el elegido y para la Iglesia. Al final de la travesía, el don, transfigurado en misterio inefable, envuelve al sacerdote más allá y por encima de su existencia histórica. Su vida tiene un término, pero su sacerdocio se prolonga en la eternidad: «Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec». Con Cristo, sumo sacerdote de la nueva Alianza, seguirá ejerciendo su sacerdocio, intercediendo por la humanidad hasta el fin de los tiempos. Al Señor que llamó al Papa a la vocación sacerdotal y lo ungió con el sacerdocio eterno según el orden de Melquisedec, se alce nuestra plegaria sentida y afectuosa para que conceda al Santo Padre abrir las puertas del tercer milenio bajo la enseña de la fe, del amor y de la esperanza, inaugurando así un tercer milenio sellado por un cristianismo auténtico y atrayente.

